

Realización de la comunidad con Dios en la acción humana

1. El reinado de Dios instaurado en el hombre justificado es primariamente la comunidad con Cristo glorificado y a través de El con el Padre, en el Espíritu Santo. Gracias a esa comunidad de ser y vida el hombre es transformado desde la raíz. La comunidad de ser y vida con Dios es un estado regalado al hombre que está preparado para ella y semejante al parentesco entre hijos y padres. Mientras dura la vida de peregrinación, la participación de la vida divina está ordinariamente oculta y escondida bajo el umbral de la conciencia. Cuando un hombre la vive conscientemente (el místico) no es capaz de actuarla adecuadamente con los medios del conocimiento conceptual ni de expresarla en palabras humanas.

I. Ser cristiano y acción cristiana

2. Aunque esté escondida, esa vida tiende *a realizarse en la acción* (La acción debe ser entendida en sentido amplio y se refiere no sólo a la actividad externa y visible, sino también a las de-

cisiones invisibles y a los movimientos del corazón.) Al nuevo estado corresponde un nuevo obrar apropiado a él. En la acción se revela lo que ha ocurrido y ocurre en lo oculto. Esta "revelación" no ocurre de forma que la vida divina de un cristiano se vea inmediatamente, sino que ocurre de forma que pueda manifestarse, barruntarse y verse a través de ocultaciones y velos. A la larga no puede permanecer oculto el hecho de que un hombre unido a Cristo—mientras no niegue su comunicación con El—piensa y habla de manera distinta a como piensa y habla un hombre no unido a Cristo.

La *razón más profunda* de que la comunión con Cristo tienda a realizarse en la acción está en que cada ser tiende a la acción. No hay ser completamente rígido, ni ser que no tenga en sí la ordenación al movimiento. En la acción logra el ser su plenitud y perfección. En realidad el hombre que está en gracia—como hemos visto—es dotado de especiales potencias y disposiciones para obrar sobrenaturalmente. En Dios son una y la misma realidad el ser, la vida y la acción. La pertenencia recíproca de ser y actividad se cumple en Dios de modo especial, ya que en El ser y acción son idénticos: El es Acto puro. Cfr. § 67.

En la relación del hombre con Dios tiene papel más decisivo que lo dicho el hecho de que no es sólo una relación entitativa especialmente dinámica que se apropia al justificado, sino que la justificación implica un momento personal (la *gratia increata*), ya que es el encuentro con el Padre celestial que se vuelve gratuitamente hacia nosotros. El encuentro se realiza en el hecho de que Dios llama y requiere al hombre. El hombre satisface a Dios al dejarse requerir, es decir, al entregarse a El en amor y obediencia. El encuentro tiene, pues, carácter esencial de acción.

Es característico de la actividad humana el hecho de que en la criatura son distintos el ser, la vida y la acción. El ser del hombre libre no obra por necesidad natural; necesita un esfuerzo, una decisión.

La justificación intenta, pues, poner y mantener en movimiento hacia Dios nuestro pensar, amar y querer: "Hechura suya somos, creados en Cristo Jesús, para hacer buenas obras, que Dios de antemano preparó, para que en ellas anduviésemos" (*Eph. 2, 10*). La pereza y la comodidad están en contradicción con este movimiento causado por Cristo en el justificado. Todavía le ofrecería mayor resistencia una acción contra Dios.

3. Tenemos que definir más en concreto el *modo de acción* a que tiende la comunidad con Cristo. Como hemos visto, el hombre que está en gracia es completamente dominado por Cristo; el "yo" de Cristo manda en él; él existe "en" Cristo. La unión con Cristo abarca a todo el hombre y penetra también su pensamiento, voluntad y ánimo. Cristo glorificado, que domina al hombre que está en gracia, tiende en cierto modo a realizarse en la actividad del cristiano. La acción de quien está en comunidad con Cristo está caracterizada por ser acción de Cristo en el hombre y a través del hombre (*Eph. 2, 10*).

Cristo es, por tanto, no sólo la nueva razón de ser, sino también la nueva razón de obrar del hombre en gracia y no sólo en el sentido de que Cristo o el amor a Cristo es el motivo de toda obra del agente, sino además en el sentido de que Cristo mismo es el agente y portador de las acciones del hombre que está en gracia. Quien está en gracia hace todo lo que hace por Cristo (*Mt. 10, 39; 18, 6; Col. 3, 10*) o por el Padre que se une a nosotros por medio de Cristo (*Rom. 6, 10; 14, 7*). Pero también hace todo en comunidad con Cristo. En toda acción Cristo es el agente principal; es quien toma la iniciativa. Toda acción del hombre que está en gracia es acción de Cristo. La libertad humana no es destruída por eso, ni siquiera puesta en peligro. Más bien ocurre que es la actividad de Cristo lo que la hace posible. El hecho de que la actividad de Cristo y la libertad humana obren una con otra y una en otra es un misterio insoluble; es la realización del misterio de la unión de Cristo y el cristiano.

Si queremos expresar más exactamente ese hecho tenemos que decir: la acción libre del hombre que está en gracia es realizada por el Padre mediante Cristo en el Espíritu Santo. En el proceso y estado de la justificación Cristo lleva al hombre hacia el Padre en el Espíritu Santo. Sin embargo, no se acaba ahí el movimiento al que es incorporado el justificado. Un movimiento en sentido opuesto se apodera de él; ese movimiento parte del Padre y, pasando por Cristo, llega al Espíritu Santo, tendiendo a realizarse en el hombre. Cfr. *La doctrina de la gracia actual*.

4. Como la participación en la vida divina es fundada normalmente por el bautismo, la actividad del hombre justificado significa normalmente la realización y perfección de la realidad creada en el *bautismo* (cfr. el *Tratado de los Sacramentos*). Como esa

realidad es Cristo mismo que pervive en la Iglesia, la Iglesia puede ser llamada portadora y sujeto de esa actividad. Lo que el individuo hace es soportado y abarcado por la comunidad. La comunidad de todos los unidos con el Padre en el Espíritu Santo por medio de Cristo actúa en la obra del individuo; está presente y activa en cada individualidad. El yo del individuo vive del gran yo abarcador de la Iglesia o de Cristo, que sigue actuando en la Iglesia.

II. La acción de los cristianos como testimonio a favor de Cristo

5. Si es Cristo quien obra en nuestra actividad, nuestra acción es *revelación, manifestación, autorrepresentación de Cristo*. Se convierte así en un testimonio que el hombre justificado da a favor de Cristo desde su comunidad con El. En la acción humana se hace Cristo visible para los ojos del creyente; debe ser “una carta de recomendación” de la revelación de Dios en Cristo, “conocida y leída por todo el mundo” (*II Cor.* 3, 2; 4, 2). Esta revelación de Cristo está también bajo la ley de las demás revelaciones de Dios; ocurre bajo velos y ocultamente (*Col.* 3, 33) y puede, por tanto, ser objeto de escándalo (*II Cor.* 2, 15). El hombre, aprisionado en la gloria de este mundo, no tiene sentido para la gloria de Cristo, que se realiza y representa en los justos (*I Io.* 3, 1). El peligro de escándalo aumenta cuando el justo oculta la gloria más de lo que está de por sí con sus pecados, egoísmo, falta de afecto y mezquindad.

Dice San Gregorio de Nisa *in illud; tunc filius ipse subicietur*: PG 44, 1321): “Dice San Pablo en algún texto de sus epístolas: Estoy crucificado con Cristo. Vivo yo, pero no soy yo sino que es Cristo quien vive en mí. Si Pablo—crucificado con Cristo—ya no vive más, sino que es Cristo quien vive en él, las acciones y palabras de Pablo son con razón atribuidas a Cristo, que vive en él. El mismo dice que sus palabras son pronunciadas por Cristo. ¿Queréis un argumento de que Cristo vive en mí? Pregunta por las grandes empresas que ha realizado por el Evangelio. No afirma que sean suyas, sino que las atribuye a la gracia de Cristo, que habita en él. Por tanto, si se puede decir que Cristo—que vive en Pablo—hace las obras y habla las palabras de Pablo..., después que Pablo se había convertido de furioso blasfemo y perseguidor de Dios en obediente y dócil a El, esta sumisión de Pablo a Dios debe ser atribuida a quien vive en él y en él habla lo bueno... Lo que acabamos de decir de Pablo puede aplicarse a todos los hombres. Cuando—como dice el Salvador—el Evangelio sea predicado a todo el mundo, todos se despo-

jarán del viejo hombre y de su concupiscencia desenfrenada y aceptarán al Señor; lo que tendrá como consecuencia que el que vive en ellos, realizará las buenas obras hechas por ellos." Y San Agustín dice (*Sermo 72* sobre el Evangelio de San Juan 2): "La fe en Cristo es obra de Cristo; El la realiza en nosotros, pero no sin nosotros." En las *Confesiones* dice: "Entonces, Señor, descansarás en nosotros, como ahora obras en nosotros y aquel descanso será tu descanso en nosotros, como estas nuestras obras son tus obras por medio de nosotros." Dice Cayetano en el capítulo noveno de su escrito *De fide et operibus contra Lutheranos*: "Hay que partir con toda seguridad de que—según las manifestaciones del Apóstol a los Romanos, Efesios y Colosenses—los hombres que están en gracia son miembros vivos de Cristo. Hay que partir, además, del hecho de que Cristo forma, junto con los que son miembros vivos suyos, un cuerpo único como el cuerpo natural y no sólo un cuerpo político como el que forman los ciudadanos de una ciudad bien gobernada. Cristo, como cabeza, anima sus miembros con su espíritu y obra la unidad de los miembros mediante la unión espiritual, como dice claramente San Pablo. A estos presupuestos hay que añadir que, según la Sagrada Escritura, los dolores y acciones de los miembros vivos de Cristo son dolores y acciones de Cristo, su Cabeza." El obispo de Chioggia explicó al Concilio de Trento, el 10 de noviembre de 1551, que nuestras obras son obras de Cristo (Theiner, *Acta genuina S. Concilii Tridentini* 1874, 1572); también Hosius (*Confessio fidei catholicae*, cap. 73). Pueden verse más textos de Santos Padres en el estudio de la doctrina del carácter escatológico de los Sacramentos (§ 233) y de la actividad del Espíritu Santo. vol. I, §§ 49-51; vol. II §§ 160 y 168 y 184).

6. La acción del cristiano no es sólo el cumplimiento de determinados mandamientos, sino la libre captación de la actividad de Cristo en la propia decisión libre. El pecado es la resistencia a la actividad de Cristo. Damos un paso más al considerar el hecho de que Cristo es el amor visible del Padre. En Cristo se dirige a nosotros el amor del Padre (vol. II, § 141). Toda acción de Cristo es, pues, acción del amor; toda su vida fué realización del amor del Padre revelado en El; nada hubo en su vida que no fuera determinado por el amor; por tanto, cuando Cristo se realiza en el hombre, es el amor lo que en él se realiza.

Esta reflexión gana fuerza si recordamos que Cristo obra en nosotros por medio del Espíritu Santo (cfr. § 168). El Espíritu Santo es la fuerza por la que Cristo es activo en nosotros y es también el amor personal que une al Padre y al Hijo. Cristo—amor revelado del Padre—obra en nosotros y por nosotros con una fuerza que es también amor personal y personificado.

Y el amor que se da y regala es, por tanto, la última y más profunda razón de la actividad del hombre que está en gracia y no

sólo en el sentido—subrayémoslo una vez más—de que es el motivo definitivo del hombre justo, sino sobre todo, en el sentido de que es el poder personal de Dios que impulsa a la acción. Cuando el hombre no le opone resistencia, sino que lo acepta y deja obrar, la acción humana misma es necesariamente una realización del amor.

En el Jesús histórico vemos cómo se realiza en Cristo el amor de Dios. Cristo nos muestra en su vida cómo es el amor de Dios y ya no hace falta discurrir ni pensar qué es el amor de Dios para ser distinto del amor del hombre: es tal como vemos en Cristo. Lo esencial es: el amor que se entrega y sacrifica.

III. *Actividad cristiana e imitación de Cristo*

7. Como el Cristo operante en nosotros está escondido y sólo por la fe sabemos que es El quien obra en nosotros, tenemos que mirar al Cristo histórico si queremos ver cómo obra Cristo en nosotros y cómo debemos aceptar su actividad. La aceptación de la actividad de Cristo se convierte así para nosotros en *imitación de Cristo*. Cristo es la misteriosa razón de nuestro obrar y a la vez nuestro ejemplo. Toda acción cristiana es imitación de Cristo. Cristo es *mysterium et exemplum* a la vez. Sería unilateral ver sólo su *mysterium* o ver sólo su *exemplum*; ambos se pertenecen recíprocamente. (La teología del obrar cristiano, esto es, la Teología Moral o moral teológica, es, por tanto, doctrina de la imitación de Cristo o doctrina del amor realizado en esa imitación. El principio objetivo de la moral cristiana es Cristo o el amor fundado en Cristo. La imitación de Cristo no es sólo una parte de la moral cristiana, sino el fundamento de que fluye y el centro que implica y resume todo; cfr. Fr. Tillmann, *Katholische Sittenlehre*.)

Seguir a Cristo no significa imitar fielmente todos los detalles de su vida, sino hacer todo con la disposición de ánimo con que Cristo realizó su vida: con la disposición de ánimo del amor que se sacrifica; cada rasgo de la vida de Jesús manifiesta cómo se realiza y cumple el amor de Cristo; en algunos ejemplos se nos explica cómo obra el amor. (Las acciones de Jesús son más que ejemplos; primariamente son hechos salvadores, pero también son ejemplos; véase la doctrina sobre el carácter escatológico de los Sacramentos.)

Como es el Cristo escondido quien se realiza en el hombre jus-

tificado, la razón de todo obrar no es el amor feliz que contempla la gloria de Cristo, sino el perseverante que espera en él. El amor operante en la tiniebla de la fe esperanzada y en la puerta de la esperanza creyente es el formador y configurador de toda actividad cristiana viva. Cfr. la *Doctrina de la fe, esperanza y caridad*.

IV. Doctrina bíblica

8. La *Escritura* exige continuamente una conducta correspondiente al nuevo estado. De boca de Jesús oímos esa exigencia como seria amenaza (*Mt.* 7, 21-23). Llena sobre todo las epístolas de los Apóstoles, que en su mayoría son amonestaciones. Por regla general sólo se habla del nuevo ser en Cristo para deducir la importancia y necesidad de una conducta nueva.

La conducta del hombre viejo no justificado es obra de la carne, del egoísmo, de la mundanidad. El cristiano debe apartarse de esas obras muertas del mismo modo que ha sido liberado de la existencia de muerte (*Hebr.* 6, 1-3). El hombre justificado está completamente dominado por el amor de Cristo (*II Cor.* 5, 14-21). Es movido por el Espíritu y no por la carne; no por su propio espíritu, sometido también a la ley del egoísmo, sino por el Espíritu Santo, que es el amor (*Gal.* 5, 25). Los hijos de Dios deben vivir como hijos de Dios, y los amigos de Dios, como amigos de Dios. Quien está unido a Cristo no puede disponer de sí a capricho, sino que debe dar frutos de Cristo y obrar al modo divino y no al modo humano (*I Cor.* 3, 3; 9, 21; *Gal.* 5, 22; 6, 2; *Rom.* 8, 1-17). Quienes hayan aceptado el reino de Dios deben aparecer siempre (para los hombres de buena voluntad) como pertenecientes al cielo y mensajeros de él. En su sinceridad y fidelidad, en su amor y justicia, debe hacerse el cielo visible y digno de fe para el mundo portador de tantos signos del infierno. La conducta de los justos con sus prójimos y ante el mundo, el matrimonio, la comunidad y la propiedad, está determinada por su unión a Cristo (*Rom.* 6; 7, 4-6; 8; *I Cor.* 6, 10, 14-33; 12; 13; 15, 58; *Gal.* 3, 3; 5, 16-6, 10; *Eph.* 4, 2-5. 15-32; 5, 15; *Col.* 3; *Phil.* 4, 1; *I Tim.* 6, 12).

El nuevo ser significa, por tanto, un nuevo deber. El cristiano debe representar en su vida la gloria en que está sumergido. El hecho de que San Pablo formule a veces sus exigencias de vida nueva (vida en Cristo y en el Espíritu Santo) tan fría y bruscamente,

como si sus lectores no hubiesen recibido todavía esa vida nueva, demuestra la importancia de ese deber nuevo. Testifica que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Cristo y que el cuerpo del pecado ha sido aniquilado (*Rom.* 6, 6); sin embargo, exige que nos despojemos del hombre viejo y de sus obras (*Col.* 3, 9; *Eph.* 4, 22). Dice que los que pertenecen a Cristo han crucificado las pasiones y apetitos de su carne (*Gal.* 5, 21; *Rom.* 8, 9), y exige, sin embargo, que los miembros de Cristo maten todo lo que de terrestre haya en ellos (*Col.* 3, 5). Y que no obedezcan los estímulos de la carne (*Rom.* 13, 14). Atestigua que quienes existen en Cristo son criaturas nuevas (*II Cor.* 5, 17) y exige, a pesar de todo, que se despojen del hombre viejo (*Eph.* 4, 24; *Col.* 3, 10). Atestigua que Cristo habita en los creyentes (*Rom.* 8, 10; *Gal.* 2, 20; *Phil.* 1, 21; *Col.* 1, 27). Y, sin embargo, desea a los Efesios que Cristo habite en sus corazones (*Eph.* 3, 17).

La tensión entre indicativos e imperativos revela la tensión y relación entre el nuevo ser y el deber nuevo de los cristianos. La relación en Cristo debe abarcar y penetrar todo el entendimiento y voluntad del hombre hasta que Cristo operante en él cumpla toda su intención y sea configurado en él (*Gal.* 4, 19; *Eph.* 4, 13-14).

V. *Doctrina de los Santos Padres*

9. En la *época de los Santos Padres* se da testimonio tanto de la necesidad de las buenas obras como de su relación a Cristo. Escribe, por ejemplo, San Ignacio a los Efesios (cap. 14; BKV, 123): "Nadie que conozca la verdadera fe peca; y nadie que posea el amor odia. El árbol se reconoce por sus frutos y los que se profesan seguidores de Cristo se reconocen por sus obras. Pues lo importante no es la profesión, sino el ser encontrados y hallarse en la fuerza de la fe hasta el fin." Véase especialmente la epístola a Diognetes. Y San Cipriano dice en su escrito *De habitu virginum*: "Hay, pues, que esforzarse por imitar lo eterno y divino y por hacerlo todo conforme a la voluntad de Dios para seguir las huellas y doctrinas de Nuestro Señor, que advierte y dice: No he bajado del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad de quien me ha enviado. Pero como el siervo no es mayor que su Señor y el liberto debe obediencia a su libertador, nosotros—que queremos ser cristianos—tenemos que imitar lo que Cristo ha dicho. Está escrito, se

lee y se oye y la boca de la Iglesia predica: Quien dice que permanece en Cristo debe caminar como El caminó. Hay que seguir sus mismas huellas y emprender el mismo camino. Sólo entonces corresponde la significación del nombre de cristiano al verdadero seguimiento o imitación.”

VI. El amor y la ley

10. Aunque hemos dicho que el amor aparecido en Cristo y obrado por El es el fundamento de la conducta moral, no por eso quedan fuera de juego el *precepto* y la *ley*, ni son tampoco debilitados, sino al contrario, son fundados más profundamente. Cfr. 193. El amor a Dios se realiza en Cristo mismo como obediencia a la voluntad del Padre (*Io.* 6, 38; *Phil.* 2, 8). También en quienes están unidos a El se realiza como obediencia a la ley del Padre (*Phil.* 2, 5-12), ya que la ley del Padre es Cristo mismo.

Los mandamientos son revelación del amor divino; en ellos Dios nos revela, por puro amor que se da y se regala, aspectos siempre nuevos de su gloria; son autocomunicaciones de Dios, en las que somos llamados e invitados a entrar en la gloria de Dios. Todo mandamiento es una llamada del amor divino para que entremos en la gloria de Dios, que se revela en él, por ejemplo, en las riquezas de Dios (séptimo mandamiento), en la vida de Dios (quinto mandamiento), en la comunidad con Dios (sexto mandamiento).

En Cristo nos encontramos la voluntad de Padre. La obediencia a esa voluntad dada a conocer en Cristo es, por tanto, el modo siempre nuevo en que nuestro amor se desarrolla. Cumpliendo los mandamientos contestamos, según eso, a la llamada del amor divino que se encarna en Cristo.

El amor y la ley no se oponen mutuamente, sino que se condicionan. La ley es una revelación del amor de Dios y la obediencia es un modo del amor humano. De aquí resulta el verdadero orden en la relación entre amor y ley. El amor es el señor de la ley y no la ley es ordenadora del amor. El amor es conformador y configurador de la acción del cristiano: “Las leyes y la legalidad son insustituibles en la vida plena—en la naturaleza y en la gracia—de los hombres y de la humanidad. Pero la pura legalidad del ser y de la vida, sea en el reino de la naturaleza, sea en el reino de la gracia, es contraria al sentido personal del espíritu que debe se-

guir siempre su camino hacia el fin con plena libertad. Por tanto, cuando la ley y el orden legal son aceptados como lo máximo y definitivo—y no sólo como fruto del ser y medio hacia un fin—, el hombre y la humanidad se empequeñecen y nacen la opresión, la amargura, la falta de libertad y hasta la esclavitud, sea cual sea el orden social o entitativo en que se imponga esa concepción como dominante” (Feuling, *Katholische Glaubenslehre*, 848).

Se ve que los mandamientos no son *esencialmente extraños* al hombre. No provienen—es cierto—de su interior, pero a pesar de todo no están en contradicción con su ser. La disyuntiva entre heteronomía y autonomía falla aquí. El cumplimiento de los mandamientos por el hombre que está en gracia, está más allá de ese dilema. Cuando cumple los mandamientos realiza su ser transformado por Cristo y cumple así el amor que Cristo obra en él. No es la obediencia a los mandamientos lo que está en contradicción con la mismidad del justificado, sino la desobediencia a ellos, ya que el hombre al desobedecerlos reprime y desprecia el amor de Cristo operante en él.

La desobediencia o contradicción a la comunidad con Cristo no acarrea libertad, sino esclavitud. La autonomía empuja al hombre a una esclavitud cada vez más profunda: a la prisión del pecado y a la concupiscencia del corazón (*Rom.* 6, 17-23). Viceversa: en la obediencia se manifiesta la libertad; claro que no se trata de ser libres de la ley de Dios, sino de ser libres de la ley del pecado, a favor de la ley de Cristo y de Cristo mismo (*Gal.* 5, 1. 13; *Rom.* 8, 21; *Sant.* 1, 25; 2, 12; *I Pet.* 2, 16).

En la obediencia se cumple la libertad de los hijos de Dios, que es libertad de la pesada opresión de la ley. Cuando el Hijo de Dios obra conforme a la ley de Dios, obra del modo debido a su nuevo estado. Esto es aplicable también a la ley de la Iglesia. La ley de la Iglesia es la expresión hablada de la ley de Dios o su interpretación y aplicación a cuestiones concretas.

Ninguna ley es capaz de abarcar todas las situaciones. Las leyes dan normas generales, pero las situaciones históricas son únicas y características. Por eso no pueden dar las leyes normas de conducta para todas las situaciones posibles. Obligan a la conciencia que debe ser informada por ellas. Quien se entrega a Dios en el amor, debe hacerlo obedeciendo sus mandamientos. Pero en las situaciones concretas, no previsibles del todo por la ley y a veces no previstas, la conciencia configurada por el amor de Dios debe

decidirse en la plena conciencia de responsabilidad propia. Cuanto más lleno está el hombre de Cristo, tanto mayor es su independencia. Y cuanto más se deja guiar por la vieja ley del egoísmo, tanto más niño y menor de edad es (*I Cor.* 3, 15; 3, 3; *Eph.* 4, 13-14). Cfr. *El Tratado del Bautismo*, § 189. B. Häring, *Das Gesetz Christi*, 1955.

11. En la vida concreta, el amor que ve con los ojos de la fe se manifiesta en la *configuración del mundo*, en la *oración* y en el *sufrimiento*.

VII. Configuración del mundo

a) El hombre vive en el mundo y en sus órdenes y estructuras; tiene, pues, con él muchas relaciones inevitables. Es, por tanto, de esperar a priori que la transformación obrada por Cristo en el hombre se realice también en el mundo. Sería malentender la revelación de Dios hecha en Cristo interpretarla como una medida de Dios para la inmediata mejora del mundo o para la creación de un determinado orden social, político, económico o cultural o para la educación de la humanidad y procesos culturales parecidos. El sentido más íntimo del cristianismo se refiere al reino de Dios. Dios actúa en la historia humana para instaurar y realizar en el mundo su reinado. La vida de Cristo estuvo al servicio de esta misión. La instauración del reino de Dios significa para los hombres la salvación. Cuando un hombre se somete al señorío de Dios, es decir, al imperio de la verdad y del amor, entra en comunión con Dios, plenitud de ser y de vida y logra así la vida indestructible y la salvación.

Aunque la Revelación no está inmediatamente ordenada al orden de lo terrestre, es un mensaje de suma importancia para comprender el mundo y la existencia de los hombres en él.

La proposición, que más fecunda parece, para explicar esta verdad es: el Verbo se hizo carne (*Io.* 1, 14). El Logos divino, el Hijo de Dios, asumió la naturaleza humana con los modos existenciales de caducidad y transitoriedad. A la vez asumió una estructura de esta tierra, materia de la materia de este mundo, polvo del polvo de la creación. Y así afirmó no sólo al hombre y al dolor humano, sino también al mundo.

El mundo fué así confirmado por Dios. Dios selló definitiva-

mente lo que había hecho al principio del mundo. El mundo fué creado por Dios y no descansa en sí mismo. Fué creado por Dios y depende de El hasta en los últimos estratos del ser. Existe, porque Dios lo conserva. Es un misterio por qué permitió Dios que el mundo creado por El fuera corrompido por el hombre al pecar (cfr. § 125). El misterio del pecado no puede ser del todo esclarecido. Pero podemos decir: Dios tiene una opinión tan elevada de la libertad humana que lo deja todas las posibilidades y no la impide ni aun cuando puede ser fatal o lo es. Esta conducta de Dios nos parecería una locura, si el mundo hubiera permanecido en su estado de corrupción. Pero Dios había preparado la medicina y había visto el camino de la salvación. Sería un camino de lágrimas y de dolor, pero al fin era un camino. Cuando el mundo había sido corrompido por el hombre, Dios le volvió a crear y renovar, haciendo que el Logos divino asumiera, en unidad existencial con su persona, una parte de la materia de esta tierra que Dios creó. Desde la Encarnación está el mundo para siempre e íntimamente unido a la existencia de Dios. Dios no retractará esa su afirmación del mundo.

La Encarnación del Logos divino significó que Cristo, al asumir el destino humano, asumió el destino de este mundo. Al morir tomó sobre sí la ley de la muerte, que impera todo el cosmos. Cristo confirmó por una parte esa ley para siempre. No hay esperanza de que el mundo se sustraiga a la ley de la caducidad, porque está bajo el signo de la cruz, de la caída y ocaso de Dios en esta tierra. Pero, por otra parte, mediante la muerte de Cristo, fué creada una nueva forma de existencia—completamente desconocida hasta entonces—de la materia de esta tierra; se revela en el cuerpo glorificado de Cristo. La materia, que hasta entonces había sido exclusivamente portadora e instrumento de muerte, se convierte gracias a la resurrección en portadora e instrumento de la vida imperecedera. La materia fué transformada hasta ser capaz de admitir y dejar traslucir las energías de la vida divina. El cuerpo del Resucitado participa así de modo completamente nuevo en el poder existencial indestructible y en la plenitud de ser de Dios.

Lo que ocurrió en el cuerpo de Cristo tiene importancia para todo el mundo, del mismo modo que la muerte del hombre pecador tuvo importancia para toda la creación.

Cristo resucitado es el primogénito no sólo de los hombres, sino de todo el cosmos. Todo el universo ha sido puesto en movi-

miento hacia el estado creado en Cristo glorificado: hacia el estado de glorificación. En la glorificación, todo el cosmos logrará una forma imperecedera de existencia. El cosmos será traspasado por la luz y fuego de la santidad y amor de Dios, y así será glorificado. Llamamos cielo nuevo y tierra nueva a ese estado del mundo. Ocurrirá en una época poshistórica y poscósmica y no en el espacio de la historia humana y en el transcurso cósmico definible y explicable por las Ciencias Naturales. El camino por el que el mundo se dirige a su estado definitivo, es la destrucción y completo derrumbamiento de sus actuales formas de ser y existencia.

En la promesa de ese futuro estado del mundo la afirmación que Dios hace de él recibe nueva luz y claridad definitiva. La valía del mundo resplandece ahora que sabemos que Dios quiere concederle en la tercera y última creación una configuración y estructura perduraderas.

El proceso total del mundo se nos aparece ahora sometido a la tensión de la muerte y resurrección de Cristo por una parte, y por otra, a la tensión entre el derrumbamiento total de ese mismo mundo y su total transformación en una forma imperecedera de existencia. La posición del mundo entre esos dos pares de acontecimientos trascendentales determinan el carácter de su transcurso. Y por ese mismo hecho están caracterizadas las relaciones del hombre—y especialmente las del cristiano—con el mundo y sus obligaciones ante él. La conducta del cristiano, y en especial del justo ante el mundo, está a la vez bajo el signo de la cruz y de la muerte y bajo el signo de la configuración definitiva de este mismo mundo.

Las relaciones del cristiano con el mundo están también caracterizadas por el hecho de que el cristiano ha sido sacado del mundo (en cuanto reino del pecado). El cristiano ha sido fundamentalmente liberado de la cerrazón a Dios que tiene el mundo.

b) A cada uno le ha sido confiada por el Padre celestial la configuración de una parte del mundo; debe cuidarla con el cuidado y conciencia con que los hijos cuidan la propiedad y herencia de sus padres. Toda conducta absurda y descuidada frente a las cosas del mundo es una lesión del amor al Padre. La configuración del mundo ocurre en la configuración de los distintos órdenes de la vida y sobre todo en la configuración del oficio o profesión, de la familia, de la nación y del estado.

La tarea de configurar el mundo que Dios nos impone tiende

primariamente *al buen orden de las formas transitorias de este mundo y en definitiva a poner de relieve la gloria de Cristo* infundida en el mundo.

Por lo que se refiere a la primera tarea, debemos partir del hecho de que Dios no creó al mundo en estado perfecto y acabado. Más bien, confió a los hombres el perfeccionamiento del mundo, en cuanto el mundo es perfectible dentro de los límites de su transcurso terrestre. Dios manda a los hombres que configuren la tierra y la sometan. Este mandato nos es atestiguado en el primer libro de la Sagrada Escritura. Se dice allí: "Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra." Dijo también Dios: "Ahí os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la haz de la tierra toda, y cuantos árboles producen fruto de simiente, para que todos os sirvan de alimento" (*Gen. 1, 28-29*).

De estas palabras del Génesis se deduce que el hombre ha sido obligado por Dios a tareas mundanas, a servir al mundo y a amarle. Si intentara sustraerse a ese servicio, se rebelaría contra Dios. Huida del mundo significa huida de Dios. El hecho de que en la modernidad se nos grite: "permaneced fieles a la tierra" (Nietzsche) está legitimado por la Escritura misma. El Cristianismo no es puro espiritualismo. El grito de Nietzsche viene de una voluntad humana y carece de importancia frente a la obligación que se nos impone por boca de Dios mismo. Todo precepto humano participa de la problematicidad y variabilidad a que está sometido todo lo humano. Pero el mandato que Dios nos da tiene validez absoluta y es absolutamente obligatorio. Por tanto, el hombre que se sabe obligado por Dios a servir esta tierra, siente una obligación más fuerte y poderosa que la que se impone el que cree sólo en el mundo.

Ante esa obligación no es justa la sospecha de si vale la pena el mundo perecedero. Esa sospecha se levanta ante la fugacidad de todo lo terreno. No sólo las obras de cada día, producto del trabajo, están sometidas a la ley del tiempo; las obras de la cultura tampoco se mantendrán ante la transitoriedad. Pero el hecho de que Dios crea que el mundo vale la pena—y así lo ha demostrado empeñándose tres veces en él y realizando su empeño a fuerza de tiempo y esfuerzo—, confirma de una vez para siempre que el mundo merece el trabajo y esfuerzo humano. Toda duda de si el mundo vale la pena debe enmudecer ante la obra de Dios en él y por él.

El mandato divino de servir al mundo implica el precepto parcial de que el hombre debe hacerse y permanecer señor de la tierra. El hombre contradiría ese precepto divino, si permitiera que el mundo se hiciera señor suyo. Si la configuración del mundo hecha por el hombre le lleva a ser esclavo de las cosas, se debe no sólo a falta de habilidad, sino a desobediencia.

El hombre se hace esclavo de las cosas cuando se rebela contra Dios. La esclavitud al mundo—a la técnica, por ejemplo—es un signo que traiciona la actitud humana de rebelión contra Dios. Quien se rebela contra Dios se convierte en esclavo del mundo, del dinero, del estado, de la

máquina. El hombre sólo puede elegir entre vivir como esclavo del mundo—si no quiere soportar el señorío de Dios—o soportar el señorío de Dios—si no quiere ser víctima de la esclavitud al mundo—. No hay salida ni solución de este dilema.

En la esclavitud del hombre rebelde, del hombre que vive en radical autonomía, se continúa y agudiza la esclavitud en que cayó el hombre por el primer pecado, es decir, en el primer intento de vivir libre de Dios y autónomo. El mundo se venga—por así decirlo—del hombre, a quien Dios confió su creación para que la conformara y configurara, cuando el hombre—infidel a los mandatos de Dios—trata lo que le ha sido confiado como si fuera propiedad suya, como que tuviera derecho absoluto para disponer de ello a capricho.

Ya se entrevé cómo puede el hombre cumplir la tarea que Dios le ha impuesto. El presupuesto fundamental es que tenga a Dios por Señor del mundo, que se someta en todos sus esfuerzos mundanos al señorío y poder de Dios creador. Llamamos adoración a ese incondicional reconocimiento del señorío de Dios. La adoración es la actitud fundamental en que el hombre debe emprender la configuración del mundo. Adorar a Dios no significa honrar a un déspota, sino venerar al amor personificado; implica, pues, el amor. Y así podemos decir: el amor adorador—el amor a Dios—es la actitud fundamental en que debe realizarse el auténtico servicio al mundo para que sea fructífero. Tal actitud significa a la vez superación del apetito humano de mando y superación del odio humano. A primera vista parece que el amor adorador y la adoración amorosa no tienen importancia en la configuración del mundo, y hasta que son extraños al mundo y a la vida; pero, en realidad, en ellos se decide si el servicio humano al mundo es formador o destructivo, constructivo o aniquilador. Quien odia y anhela poder, abusará de las cosas y las hará instrumento de su odio y apetito de mando; le sirven para satisfacción del propio yo o para aniquilar lo odiado y lo que se opone a su apetito de mando; en su mano se convierten en instrumento de destrucción; con las cosas funda un mundo de caos y hace que la muerte impere en el mundo.

Viceversa: las cosas en manos del que ama, en manos de quien se siente absolutamente obligado al amor por la adoración de Dios, se convierten en instrumento de vida; en sus manos, las cosas de este mundo se convierten en medio de servir a la vida de los demás; en sus manos se hacen fecundas y fructíferas.

Podemos ver estos hechos en otro terreno distinto. Todo lo que el hombre hace, lo hace en las cosas o con las cosas de este mundo. Nunca puede hacer una obra completamente espiritual. En su movimiento anímico incorpora las cosas del mundo. En su odio y mendacidad incorpora el hombre las cosas del mundo al movimiento que le aparta de Dios. La separación de Dios significa condenación lo mismo para los hombres que para las cosas. Por eso reina la corrupción en el mundo imperado por el odio y el egoísmo. Y viceversa: cuando el hombre se mueve hacia el amor de Dios, también incorpora en su movimiento las cosas del mundo en que vive. Moverse hacia Dios significa moverse hacia el orden. Lo mismo que el hombre, el mundo, al moverse hacia Dios, se hace partícipe de la salvación. Por eso en el mundo gobernado por el amor a Dios rigen el orden y la salvación. El hombre cumple su deber de servir al mundo sólo

cuando realiza su servicio en la actitud del amor adorador. Cuando se rebela contra Dios ocurre un proceso que no sólo afecta al hombre, sino que implica también al mundo. Negar la adoración significa destruir el mundo.

c) Este servicio al mundo se cumple en la *entrega y distancia* simultáneas: es necesaria la entrega en la distancia y la distancia en la entrega. Quien sirve al mundo amándolo distanciadamente se guarda de la tentación de ver en el mundo lo último y máximo; no confundirá a Dios con el mundo; no concederá al mundo el honor debido a Dios, no idolatrará el mundo; no idolatrará, por tanto, ni el poder, ni la riqueza, ni el placer de este mundo; no creará el politeísmo; no adorará donde no se puede adorar en espíritu y en verdad. A través del mundo sabrá ver como a través de un transparente la realidad última y suma: el Tú de Dios; sólo a Dios concederá su adoración.

En la *Escritura* se nos advierte que no debemos asemejarnos al mundo ni a su egoísmo y gloria (*Rom.* 12, 2; *Io.* 15, 18-19; *Sant.* 4, 4). Y a no ver en el mundo lo último y definitivo. “No améis al mundo ni lo que hay en el mundo” (*I Io.* 2, 15), ni la concupiscencia de la carne, ni la concupiscencia de los ojos, ni la soberbia de la vida.

La *distancia* del mundo se observa—según la *Escritura* y los Santos Padres—en el *ayuno, vigilia y continencia* (cfr. *La doctrina de la penitencia*). Estas son las *buenas obras* que deben ser especialmente destacadas. Son hechos como obras de penitencia. En ellas manifiesta el hombre que no vive de este mundo y que las formas de este mundo no son definitivas. Al ayuno se une muchas veces la *limosna*. Gracias al ejercicio del ayuno se logran los medios que deben ser puestos a disposición de los necesitados. Pero además de eso el que ayuna manifiesta que no es de este mundo, que en definitiva es independiente de la riqueza y posesión de este mundo. Como estas obras tienen el sentido de ser cumplimiento y realización de la distancia de este mundo, no pueden ser sustituidas por otras obras “espirituales”, porque el mundo no puede ser “espiritualizado”. Al mantenerse distante de las formas perecederas del mundo, el cristiano afirma las formas definitivas de las que ha sido hecho partícipe por Cristo. Su distanciamiento no es ni negación del mundo ni negación de sus formas pasajeras; deben ser afirmadas hasta que Cristo vuelva como formas en que se con-

figura la gloria de Cristo. Pero no se las puede conceder validez eterna, aunque se llame eterna una duración muy larga.

Una conducta ante el mundo, en la que el hombre lo considere como penúltima realidad, no significa indiferencia. El creyente tiene que tomar al mundo en serio, porque es creación de Dios. Le puede dedicar un amor más intenso que el que le presta el que sólo cree en el mundo, porque, con la fuerza todopoderosa del amor divino, mientras que el que sólo cree en el mundo ama sólo con la fuerza de la tierra. Trata, por tanto, las cosas de este mundo con cuidado y amor. Es cierto que no les concede tanta seriedad como les concede quien sólo cree en el mundo; esa seriedad le parece cómica por estar fuera de lugar. El cristiano, en su actitud ante el mundo, se guarda del desprecio budista y de la idolatría moderna del mundo.

Como el amor de Dios es la ley configuradora de su amor al mundo, está dispuesta a dejar de las manos las cosas amadas cuando Dios se las quita. Como ama las cosas, siente que le sean quitadas. Pero está dispuesto a sacrificar todo lo terreno y a morir a ello cuando así lo mande la voluntad de Dios.

Su amor al mundo está determinado por la esperanza en la forma y configuración futuras del mundo. No puede pasar por alto que el mundo esté en tormento y esté lleno de alegría porque sus gritos son los dolores del parto de un nuevo mundo lleno de gloria. Por eso reza para que llegue pronto esa forma gloriosa: "Pase la figura de este mundo y revélese la gloria del Señor."

d) Como el cristiano mira el mundo de la creación y afirma con Cristo su realidad, su servicio al mundo tiende, en definitiva a hacer que Dios y Cristo resplandezcan en el mundo. En todos sus esfuerzos por transformar el mundo trabaja por convertirlo en un transparente de la gloria de Dios. A esa labor pertenece el trabajar por el mundo, por las cosas creadas y por su sentido esencial y el interior representar a Dios en su trabajo. El hombre trabaja el mundo y le informa de su imagen, que es imagen de Dios. Por informarle de su imagen le es familiar y doméstico; en él se encuentra. Por ejemplo, su casa es algo más que un albergue y hospedaje; es expresión de su ser y espacio de seguridad y protección. Eso sólo es posible cuando la configuración del mundo es a la vez elaboración de la imagen de Dios y de Cristo y está, por tanto, al servicio del amor y de la verdad.

Cada hombre realiza su responsabilidad frente al mundo llevando de su amor la parte del mundo que le ha sido confiada, la parte del mundo que puede ver y en la que se mueve. El mundo retorna así misteriosamente a Dios y participa de la salvación. El hombre cumple y termina lo que Cristo mismo empezó durante su vida. En cada esfuerzo por el mundo el hombre continúa la obra de Cristo; adelanta el reino de Dios instituido por Cristo en el mundo. Todo lo que el cristiano haga con esa intención tiene sentido precursor para el estado definitivo del mundo. Por una parte continúa lo que Cristo empezó, y por otra parte anticipa lo que será concedido a toda la tierra. Esto ocurre incluso en los servicios más fugaces al mundo hechos con amor y también en las formas transitorias y perecederas del mundo. En el cristiano actúan las fuerzas glorificadoras de Cristo resucitado. Pero vive, sin embargo, en el mundo y "en la carne". Viceversa: cuando la configuración del mundo oculta los rasgos de Dios y de Cristo, los rasgos de la verdad y del amor, cuando se pone al servicio del odio y del egoísmo, el mundo se convierte en espacio de inseguridad y amenaza. En el mundo en que Dios no puede vivir no puede vivir tampoco el hombre, porque en donde no está Dios no existe ninguna posibilidad de existencia para el hombre. Una revelación del estado en que el mundo ha sido puesto por el hombre que odia es el hecho de que los hombres destruyan las moradas de los hombres.

e) Aunque nada está excluido del amor del cristiano, el individuo no puede abarcarlo todo, dada la limitación del espíritu y del corazón del hombre. Tiene que dirigir su amor a lo que está cerca de él, a lo que Dios ha puesto en su cercanía. Su participación en la configuración del mundo se realiza en la configuración del pequeño espacio que Dios le ha asignado; ocurre en su *trabajo*, mediante su *oficio o profesión*. Dios le sale al encuentro en el trozo de creación que tiene que trabajar. Dios no se queda al lado de las cosas, sino que se dirige al hombre desde ellas. El hombre contesta al amor de Dios al configurar el trozo de creación que le ha cabido en suerte. Participa así en el nuevo ordenamiento creador del mundo que Cristo hace. Cumple su amor al Padre, cumpliendo la tarea de cada hora, que le ha sido confiada por el abismo del amor divino. Pero su actividad diaria trasciende la estrechez de la costumbre y lo cotidiano se convierte en su supratempo-

ral. Cuando el trabajo es una forma de amor exige entrega y tensión para que sea tan perfecto como corresponde a Dios.

f) Todavía surge una cuestión: ¿hay determinadas formas del mundo, de la vida cultural, social, económica o política que el cristiano tenga que producir cuando quiere configurar el mundo en la actitud del amor adorador? Con otras palabras: ¿hay formas de las que pueda decirse que ellas y sólo ellas son las formas apropiadas a la revelación cristiana? Ya hemos dicho lo más importante sobre este tema en el § 117.

La cuestión puede agudizarse en esta otra: ¿permiten todas las formas de la vida una configuración cristiana? ¿Es posible, por ejemplo, una política cristiana o toda política debe estructurarse desde el simple derecho natural? Para resolver este problema de la moral teológica católica hay que observar que el hombre siempre se representa a sí mismo en todos sus esfuerzos por configurar el mundo. Pero en realidad sólo existe como justo o perdido, como pecador o como hijo de Dios. En consecuencia, sólo puede representarse como pecador o como hijo de Dios. Por eso todos los órdenes creados por él llevan los rasgos del pecador o del justo. A eso hay que añadir: un momento esencial en el ordenamiento de la vida pública es la cuestión de si el hombre tiene verdadera libertad y dignidad, valor propio y autonomía. Sólo por la Revelación conoce el hombre la auténtica libertad con seguridad plena; sólo la conoce en cuanto creyente. Y sólo como creyente puede crear un orden en que pueda vivir como hombre libre.

El hecho de que los cristianos, a consecuencia de la actual concepción del mundo, es decir, de las tendencias no cristianas y anticristianas de muchos hombres con los que tienen que colaborar en la configuración del mundo, no pueden imponer sus esfuerzos configuradores alimentados de la fe en Cristo contra todas las resistencias, no conduce a la consecuencia de que deben renunciar a esos esfuerzos, sino a la de que sólo puedan hacer imperfectamente lo que podrían hacer mucho mejor de no encontrar resistencia.

Tienen que “predicar al mundo su fin y su única salvación por Cristo” y no tienen que admirarse de que el mundo se rebele contra el mensaje de Cristo y haga partícipes a sus testigos del dolor y pasión de Cristo. Frente al mundo olvidado de Dios tienen que predicar la voluntad de Dios y convencer al mundo de su pecado. Confróntese Edmund Schlink, *Das theologische Problem des Naturrechts*, en “Viva vox Evangelii”, 1951, 252-53.

g) Surge la cuestión de si la caducidad de todas las formas del mundo no lleva necesariamente a la resignación. Por grande que sea a veces la tentación, quien cae en ella se rebela contra el mandato de Dios. El cristiano es responsable ante Dios de que el mundo y la vida, la economía y la sociedad, el estado y la cultura, el arte y la ciencia reciban la mejor configuración posible, de que en todos los órdenes mundanos aparezca el rostro de Cristo y no la mueca de Satanás. Debe resistir la tensión de poner todas sus fuerzas en obras destinadas a perecer. Sólo será capaz de eso, si pone sus ojos en el futuro definitivo.

A pesar de la experiencia de los continuos derrumbamientos y del continuo peligro y amenaza para sus obras, le librará de la resignación la certeza de que Dios conserva pacientemente el mundo para el juicio del último día y la confianza en que todo lo que El ha creado llegará un día a plenitud. Confía en la promesa de Dios de que ningún valor se perderá del todo. Todo lo que ha sido creado en la historia humana será incorporado por Dios a la nueva estructura del cielo nuevo y de la tierra nueva. La configuración del cielo nuevo y de la tierra nueva dependen así de las contribuciones de cada uno a la configuración del mundo. Todo el trabajo y amor que el hombre dedique al mundo repercuten en el reino de Dios de doble manera: inmediata y mediatamente; inmediatamente, porque la actitud de amor anticipa el reino del amor, y mediatamente, porque todo valor objetivo perdurará en la forma transfigurada que Dios le concederá y que nosotros desconocemos. Su muerte terrena es el camino hacia su modo transfigurado y eterno de existencia en el reino de Dios, que empieza definitivamente después del fin del mundo.

VIII. La oración

La *oración* es una elevación de la mente humana hacia Dios, un diálogo entre el hombre y Dios, que ha instaurado su reino en el hombre, más exactamente: la participación en el diálogo eterno que ocurre entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Es participación en la adoración, alabanza, acción de gracias y petición de Cristo. El auténtico orar sólo puede hacerse por medio de Cristo. Sólo El es el camino hacia el Padre; sólo en comunidad con El puede el hombre atreverse a llamar a Dios con el nombre de "Padre". Cfr. § 169. Cristo lleva la oración hasta el Padre. Nuestra oración no es más que la aceptación de la oración de Cristo en nuestro corazón, en nuestra voluntad y en nuestro pensamiento. Lo decisivo en la oración de los cristianos es la oración de Cristo. La oración del cristiano es oración de Cristo más que oración del justo.

En *Rom.* 8, 26-27, se dice: "Porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nos-

otros con gemidos inefables, y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios.” No es imposible que la palabra “espíritu” se refiera a Cristo glorificado (cfr. *II Cor.* 3, 17); pero es sumamente probable que se refiera a la tercera persona divina. Si es éste el caso, el Espíritu Santo es la fuerza personal mediante la que Cristo obra. Cristo reza al Padre en el Espíritu Santo. La oración del cristiano es un orar junto con Cristo y hasta el estar dispuestos a dejarle orar por nosotros. En la oración del cristiano oye, por tanto, el Padre la voz de su Hijo. Cfr. H. Bremond, *Das wesentliche Gebet*, 1936; A. Stolz, *Teología de la Mística*, Ediciones Rialp, 1952, 1936, 118-127; J. M. Nielen, *Gebet und Gottesdienst im Neuen Testament*, 1937; A. Löhr, *Jahr des Herrn*, 1934, especialmente 256-62; H. Kuhaupt, *Abba, Vater. Christliche Lehre vom Gebet*, 1945; R. Guardini, *Vorschule des Betens*, 1940. Cfr. vol. I, § 4; §§ 174 y 189.

La oración es primariamente adoración y, en segundo lugar, petición. La petición es oración en la medida en que es adoración. La oración no es primariamente un medio de santificarse a sí mismo (aunque lo sea también esencialmente), sino una forma de honrar a Dios. La oración no está primariamente al servicio del desarrollo de la personalidad moral, sino viceversa: los esfuerzos morales y religiosos del hombre están al servicio de la adoración. “Las almas se santifican para participar más perfectamente del espíritu y de la verdad en que adoran a Dios; se levantan en el sentido de la ascensión y elevación morales para que el culto que tributan a Dios sea menos indigno de El” (Bremond, *Das wesentliche Gebet*, 35-36). Sin embargo, el hombre se santifica realmente por la oración, por la elevación del hombre hacia Dios ocurrida en ella. Estas consideraciones valen lo mismo de la oración “litúrgica” que de la oración “privada”.

La *Escritura* exige la *oración continua* (*Lc.* 18, 1; *I Thess.* 5, 17). Tal oración consiste en una continua elevación del corazón a Dios. Eckhart describe cómo el amor de un hombre puede estar siempre dirigido a otro, cómo puede acompañarle por todas partes y llenarle, sin necesidad de apartar su conciencia y atención de la actividad momentánea. Cfr. vol. I, § 64. San Agustín dice en la *Explicación del salmo* 31, 14: “Hay una oración interna, ininterrumpida, que es el anhelo. Hagas lo queagas, anhelas aquel sábado y no interrumpes la oración. No quieres interrumpir la

MICHAEL SCHMAUS

oración, el anhelo no se interrumpe. Tu continuo anhelo es tu voz continuada. Sólo el frío del amor es silencio del corazón" (H. Urs von Balthasar, *Aurelius Augustinus über die Psalmen*, 49).

Contra la explicación de la oración dada por los Santos Padres y teólogos medievales de que es un diálogo con Dios, no puede decirse que no puede ser diálogo, porque Dios está callado; Dios nunca está callado, pero sus palabras caen en el silencio; sólo los creyentes las perciben; en la fe está seguro de la presencia de Dios. Oye la palabra de Dios con especial claridad en la predicación de la Iglesia, en la liturgia y sobre todo en la Escritura. En todas esas palabras habla Dios al hombre. Pero también habla en los dones y tareas que cada hora lleva consigo. Por eso puede hablar con Dios, presente en él, de la tarea de cada hora (confróntese W. Stählin, *Hilfe im Alltag*, 1939).

La oración del estado de peregrinos está ordenada al estado en el que el hombre hablará no ya con el Dios escondido, sino con el Dios visto en toda su gloria. El cielo es un eterno diálogo de amor con Dios. La oración terrena, lo mismo que el trabajo, tiene carácter escatológico.

IX. El dolor

Mientras el hombre espera su estado futuro y lo anhele, estará acosado por el *dolor*. En el dolor se expresa sensiblemente la comunión con Cristo crucificado. El dolor del cristiano revela que Cristo obra en él (*Phil.* 3, 10). Cfr. E. Przywara, *Crucis mysterium*, 1939; J. Pinski, *Busse und Liturgie*, en "Liturgisches Leben" 1, 1934, 49-58. Sobre el sentido del dolor del justificado, véanse los §§ 93, 156 y 172.